

CUENTO N° 231

TÍTULO: EL REENCUENTRO CON MARCELA

SEUDÓNIMO: PERRO PARDO

AUTOR: JORGE FERNANDO ORELLANA LAVANDEROS

EL REENCUENTRO CON MARCELA

De súbito, la lluvia restalló sobre el cristal del parabrisas.

Oculto tras impenetrables nubarrones, Dios arrojó un haz de luz sobre el lago.

Impávidos, dos cisnes continuaron su navegación.

Como el algodón de azúcar que cada domingo premiaba la semana una nube trajo su inacabada candidez...

La lluvia enloda la tierra y el peso del alma humana hunde el lodo de la carne.

Nace un alerce que estará mil años, y agorero, brota el canto agónico de un pájaro.

Se llena el bosque de perfumes y el musgo, se encarama por el coigüe.

La raíz del olivillo se entrevera en la tierra, cubriendo huesos de amantes.

La tierra, un hálito, habla con el rumoroso mar de la fertilidad.

Islas -dominio de españoles y despiadados corsarios- errando en su prisión marina.

Hedor de algas que la marea arroja en olas que bañan los guijarros pardos.

Pálida luna, que a la anunciación del alba, se empequeñece estremecida.

Detestable rutina; hastío que mata, perros que ladran entre el desorden y el caos.

Bendita tierra amada, el rostro se cubre todo de llanto.

Solo quien penetre hasta esa alma, hallará la extensión de su soledad.

Caminó hasta la esquina, frente al antiguo edificio del cine que ya no operaba, y la emoción lo envolvió. Se detuvo, atrapado por las huellas de las películas que resplandecieron ante el descascarado recinto. Inexplicable, como todo aquello que al recordar surge en el espíritu del hombre, recuperó el horror que le impidió dormir esa noche, con la escena de un marinero pasado por la quilla del barco, en "Motín a bordo". Acudió luego a su memoria, Shane, un pistolero reformado que, queriendo llevar una vida tranquila, había llegado como desconocido a un pueblo. La escena le recordó a su padre y sonrió melancólico. El azar lo transportó ahora a una lejana tarde en que, antes del término de la clase, su padre lo sacó para traerlo al cine, aduciendo que no podía perderse "Los Cañones de Navarone", en que un comando, en un puerto del Egeo, desmantela los cañones con que

el enemigo custodia una isla. La referencia al Mar Egeo llevó su imaginación al puerto griego del Pireo y otra película golpeó su nostalgia; y en el muro, vio bailar a Anthony Quinn, en “Zorba el griego”; y de la mano de Kazantzaki, volvió a su conflicto entre razón y emoción...

Suspendido de toda cavilación y libre de aprensiones, se apiadaba del placer de su íntima reflexión, cuando un hombre se le acercó efusivo. No se habían visto por más de 50 años, cuando se separaron del curso en que habían sido camaradas. Luego del protocolar saludo, no evitó hacerle la pregunta que lo corroía:

-¿Qué fue de Marcela?! Vine con ella un par de veces al cine – le indicó el lugar y sonriendo enigmático, agregó – “La Hija de Ryan” fue la última, y ahí, yo me enamoré de ella, pero entonces me fui y nunca volví a verla.

- Siendo tan linda- respondió el recién llegado, nunca se casó. Es extraña la vida; enfermó hace unos años y murió hace poco.

Una sombra melancólica se grabó en el rostro del inquisidor, por lo que el infidente, preocupado del giro de la conversación, lo cogió de un brazo y lo guió hasta un bar cercano, del que parecía ser un asiduo parroquiano.

- Debo confesarte -le advirtió antes que el otro saliera de la sorpresa- que gasto aquí buena parte del tiempo y que el bar, ha llegado a ser refugio de mi hastío – adujo, mientras el garzón servía una botella de vino tinto de dudoso pedigrí.

- Me duele lo que me cuentas; siento pena por Marcela y preocupación por ti. ¿Qué ha pasado desde que me fui?

- ¡Nada! Aquí nunca pasa nada. ¡Sí! ¡Aciertas! ¡Soy un alcohólico! Esa es la novedad. Dependo del trago y me aferro a eso como mi tabla de salvación -reveló con desmesurados ojos, sorprendido de su reconocimiento- me debato entre la fatiga intolerable y mi sed insaciable. Cuando te fuiste, cobarde, yo me quedé...

-Yo no quería ser un tipo refinado- continuó el otro. Anhelaba vivir y sentí el llamado de la calle; el tiempo que destinaba a los libros era un desperdicio y creía que en ese instante algo inconmensurable, que no recuperaría, estaba ocurriendo en la calle, y me lo estaba perdiendo. Ahí florecía el conocimiento y solo si acudía

develaría el misterio. De ese manantial provenían las acciones del hombre que mueven el mundo. ¡Tenía que ver la vida como era! En su real crudeza... Irme, fue una exigencia del alma. Vagué por calles salvajes y escudriñé miles de rostros, para intentar atrapar, los miles destinos que arrastraban. Y volví... atrapado por una fuerza de la que nunca pude desprenderme.

- El riesgo nos salva – siguió el dipsómano, atribulado - frase tan usada por intelectuales que no arriesgamos nada y que la citamos como una gran verdad. Admiro tu historia y muchas veces me he preguntado: ¿Por qué, con idéntica formación, elegimos caminos tan distintos?

- Está en los genes, algo impenetrable, indescifrable -hostil incluso para dos hermanos- que diferencia nuestra percepción sobre un evento y que, al interactuar en nuestros temores y deseos, en distinto matiz, encauza nuestras resoluciones.

- Al marcharte, asumiste un riesgo, y yo, me quedé, deseando partir. ¡Esa fue la misma sensación de Marcela! Me contó que no soportaba el pueblo y que, con gusto, lo hubiera dejado. Pero ella se quedó y yo terminé hundido en una botella.

Sus párpados caídos ocultaban el cansancio de sus ojos ¿Cuándo reposa un hombre cansado? ¿Dónde encuentra paz el hombre atribulado?

-Hemos vivido momentos de grandeza y felicidad, y solo Dios sabe que ha habido también miseria y sufrimiento; y que, alimentadas por la lluvia, las turbulentas aguas del río se han oscurecido con nuestros pecados y con la carga abismante de nuestros desperdicios; que lo han hecho apestar, pero como la vida, ha continuado bello e inextinguible.

La llegada del amanecer los sorprendió exultantes. La luna, majestuosa, se reflejaba sobre la reposada bahía, iluminando un barco blanco con líneas rojas. Una insoportable ansiedad se apoderó de ambos.

- Por favor ¡Cuéntame sobre la muerte de Marcela! No aguanto más.

- La encontré en su lecho, días después de muerta, y esta fue el lapidario resumen del doctor:

Asfixiada, en estado de ebriedad, producto de los vómitos de la bebida a la que era adicta.

Luego de la revelación sobre el destino de Marcela, el abatimiento se esparció entre los hombres y mientras con gradualidad, el bar se iba desocupando, en silencio, dieron pausada cuenta de la segunda botella que el mozo, diligente, había puesto frente a ellos.

En el intertanto, uno se hizo preguntas que le respondió una misteriosa voz interna: ¿Existe la felicidad que nos promueve el dinero y el amor? Su amigo, había tenido la suerte de hallar lo que a él le había sido esquivo. ¿Cuál sería el secreto del que había logrado autoridad y bienestar? No le cupieron dudas: su amigo era un favorecido por la fortuna. ¿Cómo había hecho para mantener distancia con los horrores de la vida? Estaba seguro de que le ocultaba algo y que no era más que otro desdichado sufriente. Pero... ¡No osó preguntarle! Se asiló en sus mezquinas conclusiones y con sonrisa irónica y amarga, se concentró en el instintivo movimiento de llenar y vaciar su copa, rumiando su dolor y culpando a la vida del destino que le había asignado.

Prefirió hablar de lo lista que en su juventud había sido Marcela; de su eterna bondad y de su enorme generosidad; de sus tiempos de estudiante cuando se insinuaban en ella precoces rasgos de hermosura; de la vida feliz que por largo tiempo vivió en el pueblo; de la holganza de la familia, sin preocupaciones por el futuro ni lamentaciones por el pasado. Volvió luego al silencio, y lo distrajo lo salvaje e impúdico que contiene la vida, y la fiereza de su pensamiento hizo que su rostro se cubriera de lágrimas; y el otro, aun sabiendo lo que sufría, sin contener su curiosidad, lo emplazó con crueldad.

-¿Cómo la dejaste caer en esa depresión? ¿Cómo te hundiste en el pozo en que te encuentro?- lo acosó sin piedad y se deleitó con la mueca que su acción dibujó en el rostro del otro. Porque... ¡Quería agredirlo! Pues lo culpaba del destino de Marcela.

-Vivía feliz con mis padres – contestó. A diario, lo acompañaba al trabajo, hasta que cansado de vivir un día, él decidió morirse y desde ahí, seguí yendo solo. La casa, antes llena de alborozo, se ahogó en oscuridad y se impregnó del pueril silencio de un sepulcro, tan distinto al contemplativo silencio de un monasterio. Sin una mano que velara por su mantención, la casa cayó en deterioro

y la congoja se descolgó de sus muros. La oscuridad, aviesa y sutil, se desplazó por las habitaciones y en la noche, palpable, el viento azotó las paredes, trayendo, en lúcidos murmullos, la presencia de seres misteriosos y secretos aullidos que se confundían con los gemidos del viento. Acongojada, mi madre se alejó de sus funciones y perdió el interés por vivir. ¡No volvió a reír! No mucho tiempo después, el médico decretó su internación en un sanatorio y solo dos otoños más tarde, exhaló su último suspiro. Reposó junto a mi padre y a la salida del cementerio, con brutal egoísmo, determiné que su muerte había sido una suerte, porque le evitó el dolor de atender a la fuerza pública que vino a desalojarnos, cuando el juicio seguido por el banco desembocó en un remate que terminó con la adjudicación de la propiedad a un inversionista. De ese golpe, Marcela nunca se repuso. Al día siguiente me contó que durante la noche la había agitado la presencia de horribles demonios y había sentido pánico ante aterradores remolinos de viento. Consternado de su revelación, le confidencí que me había ocurrido lo mismo.

-¡Debió ser difícil!- replicó conmovido el afuerino, y añadió: Interesado en la lectura visité muchas veces vuestra librería, pero prefería la del gallego, porque encontraba allí los libros de aventuras que me hacían soñar. Eso sí, tu padre, de trato habitualmente arisco, siempre se dirigió a mí con especial delicadeza, y yo, me divertía con los suspensores que usaba para sostener sus pantalones.

- No hay meses ni inviernos crueles -replicó ¡La vida es cruel! Cumplía mi función y mi padre la suya, cuando no estuvo, seguí con la mía pero nadie vino a hacer la de él. Sospeché que algo malo sobrevendría, pero fui incapaz de evitarlo. Impávido, seguí haciendo lo mismo que hasta ahí había hecho. De la misma forma como declinó la casa ante el cruel ataque de la serpiente del desalojo, decayó el negocio, extendiéndose sobre los libros de la tienda la cruel serpiente de la miseria.

-¿No pensaste en vender la librería?- preguntó, apesadumbrado de no haber estado ahí para aconsejarles, y conjeturó: ¿Cómo es que, indolente, el mundo te mira caer sin hacer nada por atajar tu caída?

- ¡Todo regresa en la tierra! – respondió el alcoholico. Con el día, regresa la luz y al marcharse, vuelve la noche. Se aleja el sol que, sustituido por la luna, volverá. Las hojas que el invierno ha arrasado reverdecerán en primavera y el otoño las retornará. ¡Vuelven a parir las hembras! Renace el misterio de la vida. Vuelve a germinar el campo y brilla otra vez la nieve eterna. ¡Todo vuelve! ¿Por qué había de suponer que mi padre nunca regresaría? ¡Esperé! Y esperando, oí aullar al viento entre los árboles, escuché los pasos sigilosos de la lluvia en el tejado, sentí el rugido de las aguas del río en su inacabado curso hacia el mar. Y esperando... ¡Se acumularon las deudas! Así... supe que mi padre no volvería y que la vida que habíamos conocido juntos nunca volvería y solo me quedó la esperanza que un hijo jamás pierde: volver a contemplar un día el semblante de su padre.

- ¡Cómo hubiera querido estar aquí para ayudarles!- se lamentó el amigo.

-¡Pamplinas! Nadie se acerca al perdedor, al que porta la enfermedad de la pobreza o la vejez ¡Te aíslan! Paulatinamente, pierdes en un mundo que premia el éxito y optas por ocultar tu fracaso.

El día después al desalojo, perplejos, no sabíamos que haríamos. La ayuda vino de un familiar lejano, eterno adversario de mi padre que, condolido, pero con feroz arrogancia, nos tendió una mano. No estábamos para regodeos. Marcela lo asistió en variadas funciones y a mí, sagradamente, me concedió un estipendio que me permitió vivir tranquilo, dádiva que recibí con la carga humillante que traía la mano del que había vencido a mi padre.

Desde ahí en adelante, nuestras vidas se internaron en delirante caída. En degradante inopia, por años, nos encontramos con Marcela a diario en este local, en donde, perdida toda ilusión, vivimos la desesperanza conviviendo con Germán, el mozo que, durante esta larga etapa de la vida, se transformó en un apoyo.

Creo, musitó apenas, -y perdóname la infidencia- que llegó a ser uno más de los amantes de Marcela. Rio lleno de sarcasmo y luego de pronunciar una extraña frase que se grabó en el otro, se dirigió al baño, y el mozo, intrigado, se acercó para dialogar con el solitario afuerino.

- Fue cruel la vida con Fernando – dijo el afuerino, intentando descubrir en la expresión del garzón la veracidad del comentario que sobre Marcela había hecho su hermano.

- Sola como estaba, pasaba mucho tiempo aquí y fuimos muy cercanos, pero con la muerte de Fernando, su único hermano, Marcela se derrumbó y murió un par de meses después – dijo el mozo, dejándolo atónito, y cavilando sobre la última frase, que se le había quedado grabada:

- ¿Cómo no entienden los hombres que una vez que el cuerpo se despoja de su espiritualidad, no queda más que un amasijo de huesos y carne, que ha iniciado ya su horroroso proceso de descomposición?

////////////////////////////////////